

IMAGINARIOS DE LA VIOLENCIA EN MÉXICO Y CENTROAMÉRICA

En el debate actual entre tendencias globalizadoras y desglobalizadoras del capital, la inseguridad y el miedo al otro tienen como trasfondo los imaginarios sobre la violencia. Estos imaginarios han adquirido un lugar preponderante en los medios de comunicación masiva a escala planetaria. Los mensajes mediáticos nos remiten a la guerra, pero también a sus justificaciones ideológicas y políticas. Entre otras cosas, nos muestran la radicalización de los conflictos interétnicos, interculturales e interreligiosos, así como la emergencia de fundamentalismos de diverso signo. Los mensajes sobre la violencia de alcance global, como serían las acciones bélicas que se legitiman a través de la denominada “lucha contra el terrorismo” o, en otras latitudes, en “la lucha contra el crimen organizado”, se conjugan con las pequeñas notas que hablan de los secuestros, asaltos a mano armada, violaciones, y robos a casa habitación. Los medios difunden dos niveles de violencia: uno a escala global y otro a nivel local, que se influyen y refuerzan mutuamente para crear una representación sobre la vulnerabilidad de la persona frente a la violencia. Son diferentes las amenazas reales o virtuales que exacerbaban el miedo de la población y favorecen esquemas de percepción y acción con los que se busca justificar el armamentismo, el militarismo y los estados totalitarios.

La violencia se ha asociado a hechos concretos que atentan contra la seguridad y vida de las personas y de sus bienes. Sin embargo, esta no es la única forma de violencia. Existe también la violencia que se genera desde los centros financieros internacionales y que tan sólo en 2008 provocó que miles de personas perdieran sus empleos, sus viviendas, su seguridad. Junto con ello, se fortaleció aún más el cierre de las fronteras para los inmigrantes, como una manera de regular el mercado laboral en épocas de crisis. Para los migrantes del sur se establecen las “mega-fronteras” que separan al Norte rico y próspero de la población proveniente de los países del Sur. Dada la ubicuidad con la que se expresa la violencia en las relaciones sociales, es necesario hacer un esfuerzo de extrañamiento: tomar distancia como precaución metodológica para evitar caer en lugares comunes que alimentan los sentimientos de inseguridad o percepción de riesgo. Una primera precaución en ese sentido es definir de qué estamos hablando cuando hablamos de violencia. El problema inicia con los términos y conceptos que empleamos. Si partimos de considerar que a través de la violencia se expresan, mantienen y perpetúan relaciones desiguales y asimétricas de poder, cabría preguntarnos cómo y de qué manera la violencia vehicula dichas relaciones de poder.

Para definir lo que es y lo que no es violencia, podemos ubicar una definición amplia y totalizadora, como lo propone Bourdieu al hablar de la violencia simbólica, o remitirnos a una definición restringida como la que plantea Hérítier.

La violencia es un fenómeno multidimensional. Atraviesa diversas dimensiones de la realidad social al estar vinculada con el ejercicio del poder. Así pues, existe aquella forma de violencia que podemos considerar como

“consuetudinaria”, y que es constitutiva de las relaciones de dominación. En términos de Bourdieu (1998), se trata de la “violencia simbólica” que se ejerce con consentimiento y participación de los dominados para perpetuar su propia dominación. El concepto de violencia simbólica se refiere a las formas de violencia no ejercida mediante la fuerza física, sino a través de la imposición, por parte de los sujetos dominantes, de una visión del mundo y de esquemas de percepción, pensamiento y acción a los sujetos dominados. Esta forma de violencia es ejercida a través del consenso, donde la cultura opera como un dispositivo que encubre y enmascara relaciones de poder. Es por ello que la violencia simbólica puede ser mucho más difícil de erradicar debido a la dificultad para identificarla y nombrarla. Si no se nombra, ¿cómo se le identifica? Y ¿cómo se le combate? En Bourdieu encontramos una definición de violencia amplia, que se presenta como un sistema institucionalizado a través de prácticas culturales.

Otra definición amplia de violencia es la que ofrece Phillippe Bourgois (2001), quien identifica diversos niveles de violencia, como la “estructural”, referida a aquel tipo de violencia que entraña relaciones de poder de larga duración, como serían las relaciones de clase, de etnia o de género. Este autor plantea la vinculación entre la violencia estructural y las violencias cotidianas que se expresan a nivel micro-sociológico. Esta sería otra forma en que se articulan los diferentes tipos de violencia globales que se expresan a nivel local y cotidiano. Las definiciones propuestas por Bourdieu y Bourgois ubican a la violencia como una dimensión constitutiva de todas las prácticas sociales. En cambio, para la antropóloga Françoise Héritier (1996) la violencia se define como toda coacción de naturaleza física o psíquica susceptible de atraer el terror, el desplazamiento, la desgracia o la muerte de un ser animado. Para esta autora, la violencia incluiría también los actos que tienen por efecto el despojo del otro, y el daño o la destrucción de objetos inanimados pertenecientes al otro. La propuesta de Héritier se basa en una definición restringida y delimitada de lo que se entiende por violencia y su concepto es de utilidad para el análisis de hechos concretos. Por otra parte Wieviorka (2000) insiste en considerar que la dimensión subjetiva de la violencia no es otra cosa que el punto de vista, necesariamente relativo, de quienes la sufren, la describen o la representan.

En este número de la revista TRACE, no existe una definición única de violencia, pero sí una preocupación común por hablar y reflexionar en torno a diferentes expresiones de la violencia en México y Centroamérica. El artículo de Pierre Beaucage, intitulado “Representaciones y conductas: un repertorio de las violencias entre los nahuas de la Sierra Norte de Puebla” nos habla de los conceptos de agresión y violencia entre los nahuas de la Sierra Norte de Puebla. El autor explora la manera en que se articulan las representaciones amerindias de la violencia con las categorías occidentales. Analiza el impacto de estas representaciones sobre las conductas de la población, así como el campo semántico nahua de la violencia. Para los nahuas, existen términos específicos para distinguir la violencia física interpersonal de la violencia simbólica, como sería la falta de respeto o el insulto.

La violencia estructural tiende a distribuirse de manera desigual y diferencial. No todos los sujetos sufren la violencia con la misma intensidad.

Lourdes Herrasti lo muestra en su artículo que habla de las mujeres indígenas encerradas en prisiones por haber cometido algún delito. Se trata de mujeres que han acumulado una enorme carga de sufrimiento social. En este artículo, la autora muestra la existencia de sectores sociales que son mucho más vulnerables a sufrir diferentes tipos de violencias dada su condición de clase, étnica y de género.

Existen violencias cotidianas que se repiten y que constituyen una expresión de violencia estructural. El artículo de María Elena Figueroa se refiere a la violencia de género. Ella muestra cómo opera, en el caso de las socias y socios de una empresa rural de Oaxaca, la violencia de género como estrategia masculina para afrontar el cambio en las mujeres. En torno a este mismo tema, Andrea Álvarez analiza la violencia doméstica y la negociación de los conflictos conyugales en comunidades maya-mam de Guatemala. No sólo al interior de los hogares, las comunidades o en los tribunales se expresa la violencia de género. Aída Hernández Castillo en su trabajo “Violencia de Estado y violencia de género: las paradojas en torno a los derechos humanos de las mujeres en México” reflexiona sobre el proceso contradictorio del que se ha vivido en la última década en México: por un lado una política exterior en materia de derechos humanos muy exitosa a nivel internacional, en la que se han ratificado varios instrumentos internacionales en contra de la discriminación y violencia hacia las mujeres y paralelamente una política interna en la que la violencia de Estado se justifica en nombre de la “paz social” y se utiliza en contra de las mujeres activistas e integrantes de movimientos sociales.

A continuación se presentan dos artículos en los que la violencia delincuencial se vincula con las tecnologías modernas. El primero es el de Catherine Héau quien en su artículo sobre los comentarios hechos a los narcocorridos por usuarios de *YouTube*, muestra una cultura popular impregnada de racismo, sexismo, homofobia y de regionalismos. Fuera de toda expresión de identidad nacional, los discursos de *YouTube* compiten en términos regionales para ver quien ofende más al otro. Estos discursos delimitan regiones que corresponden a los territorios de los capos de la droga y no a las demarcaciones administrativas del Estado mexicano.

Finalmente, Cristina Amescua se refiere a un nuevo tipo de delito que ha proliferado en los últimos años: el secuestro virtual. Se trata de una forma de extorsión que se inserta en una nueva modalidad de delincuencia “a distancia”.

Los temas abordados demuestran la múltiples facetas de la violencia, tanto social, doméstica o virtual que prevalecen en nuestra sociedad y que con los temas aquí expuestos no se agota. Estos temas desgraciadamente son sólo una muestra de un fenómeno social que se ha venido extendiendo en México y a nivel global en la medida en que se amplían las brechas sociales de clase, étnicas, nacionales, de género entre otras.

Cristina Oehmichen Bazán
(IIA-UNAM, México)

IMAGINAIRES DE LA VIOLENCE AU MEXIQUE ET EN AMÉRIQUE CENTRALE

Dans le débat actuel sur la mondialisation et dé-mondialisation du capital, l'insécurité et la peur de l'autre ont pour toile de fond les imaginaires de la violence. Ces imaginaires occupent une place de choix dans les médias qui, à l'échelle planétaire, nous montrent la guerre, mais aussi ses justifications idéologiques et politiques. Ils nous montrent aussi la radicalisation des conflits interethniques, interculturels et interreligieux, ainsi que l'émergence de fondamentalismes de diverses tendances. Les messages qui traitent de la violence à échelle mondiale, comme par exemple les actes de guerre légitimés par la "lutte contre le terrorisme" ou, sous d'autres latitudes, par la "lutte contre le crime organisé", s'ajoutent aux nouvelles qui parlent d'enlèvements, d'attaques à main armée, de viols et de cambriolages. Les médias montrent deux niveaux de violence, l'un à échelle globale et l'autre à échelle locale, qui s'influencent et se renforcent réciproquement créant ainsi une représentation de la vulnérabilité des individus face à la violence. Il y a aussi les menaces réelles ou virtuelles qui exacerbent la peur de la population et favorisent les schèmes de perception et d'action qui justifient la course aux armements, le militarisme et les États totalitaires.

La violence est associée à des faits concrets qui menacent la sécurité et la vie des personnes et de leurs biens. Ce n'est cependant pas l'unique forme de violence. Il existe aussi une violence qui émane des centres financiers internationaux qui, rien qu'en 2008, a réduit au chômage des milliers de travailleurs qui ont perdu travail, logement et sécurité. À cela s'ajoute la fermeture des frontières aux immigrants afin de réguler le marché du travail en période de crise. On construit ainsi des méga-frontières qui séparent le Nord riche et prospère des populations venues du Sud. Étant donné l'ubiquité de la violence dans les relations sociales, il faut, comme précaution méthodologique, savoir conserver ses distances pour ne pas tomber dans les lieux communs qui nourrissent les sentiments d'insécurité et la perception du danger ou du risque. Une première précaution consiste à définir notre objet d'étude: qu'entend-t-on par violence ? Il faut définir les mots et les concepts employés. Si l'on considère que par la violence on exprime, on maintient et on perpétue des rapports de pouvoir inégaux et asymétriques, il faut alors se demander comment et de quelle manière la violence véhicule ces relations de pouvoir.

Nous pouvons définir la violence de manière large et totalisatrice comme le propose Bourdieu quand il parle de la violence symbolique ou bien nous en remettre à la définition restreinte de Françoise Héritier.

La violence est un phénomène multidimensionnel qui traverse les différentes dimensions de la réalité sociale puisqu'elle est liée à l'exercice du pouvoir. Il existe donc une forme de violence que l'on peut considérer comme "coutumière" qui est constitutive des rapports de domination. Selon Bourdieu (1998), il s'agit de la "violence symbolique" qui s'exerce avec le consentement et la participation des dominés pour perpétuer leur propre domination.

Le concept de violence symbolique se réfère aux formes de violence qui ne sont pas exercées par la force physique, sinon à travers l'imposition, par

les sujets dominants, d'une vision du monde et de schémas de perception, de pensée y d'action, aux sujets dominés. Cette forme de violence s'exerce par le consensus et la culture fonctionne comme un dispositif qui recouvre et cache les rapports de pouvoir. C'est pourquoi la violence symbolique est plus difficile à supprimer car il est malaisé de l'identifier et de la nommer. Si on ne peut la nommer, comment peut-on l'identifier? Et comment la combattre?

Bourdieu nous fournit une définition de la violence élargie qui se présente comme un système institutionnalisé de pratiques culturelles. Une autre définition élargie de la violence nous est proposée par Philippe Bourgois (2001) qui a identifié divers niveaux de violence, comme la structurale qui implique des rapports de pouvoir de longue durée, tels que les rapports de classe, d'ethnie ou de genre. Cet auteur établit un lien entre la violence structurale et les violences quotidiennes qui s'expriment au niveau micro-social. Il s'agit d'une autre forme d'articulation des divers types de violences globales qui s'expriment au niveau local et quotidien.

Les définitions de Bourdieu et de Bourgois posent la violence comme une dimension constitutive de toutes les pratiques sociales. Au contraire, pour l'anthropologue Françoise Héritier (1996), la violence est définie comme toute coaction de nature physique ou psychique susceptible de provoquer la frayeur, le déplacement, le malheur ou la mort d'un être vivant. Pour cet auteur, la violence inclut aussi les actes qui provoquent une perte pour autrui, tel le dommage ou la destruction d'objets inanimés appartenant à autrui. Héritier propose donc une définition restreinte et limitée de la violence et sa conceptualisation est utile pour l'analyse de faits concrets. D'autre part, Wieviorka (2000) nous invite à considérer que la dimension subjective de la violence dépend aussi du point de vue, nécessairement relatif, de celui qui la subit, la décrit ou la représente.

Il n'y a pas, dans ce numéro de la revue TRACE, une seule définition de la violence, mais un souci commun de description et de réflexion concernant les diverses expressions de la violence au Mexique et en Amérique Centrale. L'article de Pierre Beaucage, intitulé "Représentations et conduites : un répertoire des violences chez les Nahuas de la Sierra Norte de Puebla" nous parle des concepts d'agression et de violence chez ce peuple autochtone. L'auteur explore la manière dont s'articulent les représentations amérindiennes de la violence avec les catégories occidentales. Il y analyse l'impact de ces représentations sur les conduites de la population, ainsi que le champ sémantique nahua de la violence. Il existe des termes nahuas spécifiques pour distinguer la violence physique interindividuelle de la violence symbolique, comme manquer de respect envers quelqu'un ou l'insulter.

La violence structurale se répartit de manière inégale et différentielle. Tout le monde ne vit pas la souffrance avec la même intensité. Lourdes Herrasti nous le démontre dans son article sur les femmes autochtones incarcérées par suite d'un délit. Ce sont des femmes qui ont accumulé de grandes souffrances sociales. Elles appartiennent à des secteurs sociaux qui sont plus vulnérables aux divers types de violences à cause de leur condition de classe, de genre, d'ethnie.

Il y a aussi les violences quotidiennes qui se répètent et qui font partie de la violence structurale. L'article de María Elena Figueroa se réfère à la violence de genre. L'auteur montre comment elle opère parmi les membres

d'une entreprise rurale d'Oaxaca en tant que stratégie masculine pour faire face au changement chez les femmes. Sur le même thème, Andrea Álvarez analyse la violence domestique et la négociation des conflits conjugaux dans des communautés maya-mam du Guatemala.

La violence de genre ne se limite pas à la maison, au village ou aux tribunaux. Dans son texte "Violence d'État et violence de genre: les paradoxes des droits des femmes au Mexique", Aída Hernández Castillo étudie le processus contradictoire qui a eu lieu au Mexique depuis 10 ans. D'une part, la politique extérieure des droits de la personne, qui comprend la signature de plusieurs accords contre la discrimination et la violence faite aux femmes, a obtenu un grand succès sur le plan international. D'autre part, la politique intérieure qui justifie la violence d'État au nom de la "paix sociale", est dirigée contre les femmes qui militent au sein des mouvements sociaux.

Les deux articles suivants montrent comment la violence délinquante peut être véhiculée par les technologies modernes. Le premier, de Catherine Héau-Lambert, qui traite des commentaires faits aux *narcocorridos* par les usagers de *YouTube* montre une culture populaire imprégnée de racisme, de sexisme, d'homophobie et de régionalismes exacerbés. Hors de toute expression d'identité nationale, les discours de *YouTube* se livrent à une surenchère d'insultes inspirées du chauvinisme local. Mettant de côté les démarcations administratives de l'État mexicain, ces discours redéfinissent la carte du pays en fonction des territoires des caïds de la drogue (*capos*).

Enfin, Cristina Amescua se réfère à un nouveau type de délit qui a proliféré ces dernières années: l'enlèvement virtuel. Il s'agit d'une forme d'extorsion qui s'insère dans une nouvelle modalité de délinquance à distance fondée sur l'usurpation d'identité. Les thèmes abordés montrent les multiples facettes de la violence sociale, domestique ou virtuelle qui prévalent dans notre société. Les divers aspects ici traités n'épuisent malheureusement pas un thème aussi vaste. Ce ne sont que des exemples d'un phénomène social qui s'est largement répandu au Mexique et de par le monde au même rythme que s'élargissaient les brèches sociales de classe, ethniques, nationales ou de genre.

Cristina Oehmichen Bazán
(IIA-UNAM, MEXIQUE)

BIBLIOGRAPHIE

- BOURDIEU, Pierre 1998 – *La domination masculine*. Éditions du Seuil, Paris.
- BOURGOIS, Philippe 2001 – The Power of Violence in War and Peace : Post-Cold War Lessons from El Salvador. *Ethnography* 2 (1): 5-34. Los Angeles, London, New Delhi and Singapore.
- HÉRITIER, Françoise 1996 – Réflexions pour nourrir la réflexion. *De la violence* I. Odile Jacob, Paris.
- WEIVIORKA, Michel 2004 – *La violence. Voix et regards*. Balland, Paris.